



# Pascal Quignard

## El salón de Wurtemberg

Traducción del francés de Víctor Compta



Galaxia Gutenberg

---

PASCAL QUIGNARD

# El salón de Wurtemberg

Traducción de  
Víctor Compta

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Le Salon du Wurtemberg*  
Traducción del francés: Víctor Compta González

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en Galaxia Gutenberg: junio de 2022

© Éditions Gallimard, París, 1986

© de la traducción: Herederos de Víctor Compta, 2022

Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios del copyright de la traducción, aunque no ha sido posible. Con todo, estaremos agradecidos de recibir información que nos permita conocer su identidad o bien el organismo que lo representa.

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: Maria Garcia  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona  
Depósito legal: B 451-2022  
ISBN: 978-84-18526-35-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

## La casa de Saint-Germain-en-Laye

*O du frisst mich! O du frisst mich!  
Du bist der Wolf und willst mich fressen!  
(¡Oh, me devoras! ¡Oh, me devoras!  
¡Eres el lobo y quieres devorarme!)*

GRIMMELSHAUSEN

El alojamiento de que disponía Seinecé en Saint-Germain-en-Laye era extraordinariamente luminoso. Estaba situado en el primer piso. Era una estancia amazotada de principios del siglo XIX, sólidamente afirmada en el jardín mediante una maciza escalinata rodeada de pequeños laureles, minúsculas lilas y flores. Había dos ventanales que daban a unos avellanos, a dos campos y al bosque. La señorita Aubier había conservado el resto del piso y las habitaciones de arriba. Recuerdo que la luz de aquella vasta habitación era rosa. De las barras de cobre inglés fijadas sobre los ventanales colgaban unas grandes cortinas azules, que, sujetas por alzapaños de terciopelo amarillo, se abombaban pesada y tupidamente. Los días de verano, la luz intensa devoraba poco a poco el contorno de las cortinas. Sin duda las paredes estaban pintadas de blanco mezclado con rosa, como era costumbre hace doscientos o trescientos años. Se trataba del antiguo comedor. Había una gran mesa alargada, para ocho o diez comensales, de una madera casi negra, sobre la cual Seinecé tenía diccionarios abiertos, amontonaba libros y disponía cartapacios de varios colores y lápices rojos y amarillos. A decir verdad, Florent Seinecé no esparcía todos aquellos objetos de cualquier manera: los distribuía minuciosamente. Le gustaba aquella mesa. Sentía por ella un cariño celoso. Quería aparentar que allí vivían varias personas que se sentaban a la mesa y trabajaban juntas. No soportaba que alguien tocara esas cosas, ni siquiera que alguien esbozara el gesto de acercar la mano. Hubiera sido como acercar la mano a un objeto mágico, a una alfombra voladora, y eso habría podido anular

su poder. Como en la sala de lectura de una biblioteca, tres quinqués electrificados, dispuestos en triángulo sobre la mesa, determinaban los lugares. Seinecé se sentaba en uno de ellos –de espaldas a la pared– y, de pronto, era un viejo monje con la nariz roja y las puntas de los dedos asomando de unos mitones grises, que, provisto de quevedos y cortaplumas, garabateaba un manuscrito en latín. En otro –sentado de cara a la ventana–, había un asirio que descifraba un mojón de arcilla y evocaba tiempos pasados, cuando se hablaba la lengua de Sumer, cuando las mujeres eran hermosas y las costumbres benévolas. En el otro –sentado de espaldas a la cama–, había un chino mandarín que desplegaba lentamente con la mano un pañuelo de seda, removía la tinta, e imaginaba el rostro de la mujer amada, que se agitaba en su cama con los ojos inflamados porque no lograba conciliar el sueño.

Alrededor de la mesa, había seis sillas de patas negras y terliz amarillo. Eran demasiado bajas y, por consiguiente, resultaban incómodas. La larga superficie de aquella mesa oscura, cubierta de libros y lápices, los tres círculos de luz de las lámparas, las hojas blancas y las manchas verdes o azules de los secantes, daban una sensación de suavidad, de luminosidad, de calor y de paz.

En la pared opuesta a la mesa, sobre una estrecha y sólida chimenea, había un espejo alto, picado y ceniciento, con un marco dorado, inclinado hacia adelante. Sobre la exigua ménsula había un pequeño grupo ornamental de estuco, de estilo Luis XVI, que representaba una ninfa y un sátiro. El hogar estaba en desuso. Todo el espectáculo de las veladas nocturnas consistía en una estufa Godin de color granate. A su alrededor había cuatro butacas de varillas, muy bajas. Crujían. Nos levantábamos a menudo. Colocábamos sobre ellas mantas y jerséis, hasta que resultaban cómodas. Conversábamos. A Seinecé le gustaba velar. Yo no soportaba la idea de no ver la aurora, como si el hecho de perderme el amanecer constituyera una horrible muestra de pereza que me había de costar la eternidad, o quizá más. Hablábamos en voz baja. Siempre lo dejaba antes de lo que él hubiera querido, y también siempre nos volvíamos a encontrar más tarde de lo que hubiéramos deseado. Solía ir a visitarlo al final de mi jornada, unas seis horas después de que empezara a anochecer en Saint-Germain. Ahora me doy cuenta de que la hora basta para explicar la extraordinaria luz granosa, clara y rosa que, en mi recuerdo, baña aquella habitación. Yo dormía en casa de Louise y André Valasse, junto a la pastelería de La Perrera. Éramos jóvenes. Era el año 1964. Yo sentía por Seinecé una amistad

que todo desmentiría, y tenía la impresión de que él experimentaba hacia mí un sentimiento que no carecía de calor.

Conocí a Florent Seinecé en marzo de 1963, en el Estado Mayor de la 1.<sup>a</sup> Región Militar. Yo era el chófer del vaguemaestre. El dentista me había arrancado una muela. Una muela de la mandíbula izquierda. Me ha quedado un hueco, por el que suelo pasar la lengua. De hecho, me resulta fácil escribir esta página: me basta con pasar la lengua por ese hueco para evocar lo que sucedió aquel día, y mi incapacidad de morder. Me había echado en la pequeña habitación contigua a la peluquería del Estado Mayor, convencido de que allí nadie me encontraría. Uno de los peluqueros, Bernard, pretendía tener en el bolsillo, como le gustaba decir, la mano que concedía los permisos, y yo intentaba sinceramente hacerme amigo suyo. Hacía muchísimo calor. Yo dormitaba sobre el camastro marrón.

Entró un soldado, dejó su boina sobre la mesa central, se agachó, se desató los cordones de los zapatos, volvió a erguirse y se sacó del bolsillo un puñado de caramelos ácidos y Hopjes holandeses. Se sentó en un taburete de hierro y empezó a colocarlos cuidadosamente sobre la mesa, primero formando un triángulo, luego un rombo, y después un romboide. No me había visto. La verdad es que yo no deseaba hablar con nadie. Permanecía acostado, con un pañuelo sobre la boca.

–Cric, crac, croc –murmuraba él, recalcando las sílabas.

Luego, desplegabla el papel blanco de un Hopjes, se llevaba a la boca el pequeño cubo de café amargo y, con aire ausente, continuaba desplazando sus caramelos sobre un tablero de ajedrez imaginario, mientras repetía:

–Cric, crac, croc...

Al cabo de un rato, y aunque no me había prestado la menor atención, aquel canturreo torpe y aquel tejemaneje empezaron a resultarme molestos.

–¡No! –exclamé de pronto, exasperado. Y me dolió la mandíbula–. ¡La melodía no es así!

El soldado se volvió, atónito.

–No es así –insistí–. Y no solamente la melodía, sino tampoco la letra.

Me miraba cada vez con mayor estupor. Intenté explicarme, pero el dolor me hizo embarullarme. Me incorporé y me senté en la cama.

Tenía la sensación de que cuanto más me esforzaba por justificar mis gritos, más me embarullaba, con la boca entreabierta, jadeante, ante la mirada atónita de aquellos grandes ojos.

–No es así –dije–. Si hablo mal –continué–, es porque acaban de arrancarme una muela. No es así: es *Gigota*...

Tenía la boca tan pastosa que apenas pude articular:

*Rigota, Gigota.  
Ella sube a su cuarto.  
Se rompe una pierna.  
Ella sube al granero.  
La nariz se quiebra.  
Uno, dos y tres.  
Cric, crac,  
Regina Godeau,  
Rigota, Gigota.*

El muchacho me miraba con un estupor que parecía aumentar a cada instante y que me producía una turbación que crecía sin cesar. Sin duda mi forma de articular debía parecer singular. Tenía la sensación de que mi lengua era un gran *marron glacé* que se había secado dentro de mi boca y que tenía sabor a sangre.

–¡Asombroso!

Se había levantado, muy excitado.

–Hacía mil años que iba tras esta canción –dijo, recogiendo precipitadamente sus caramelos acidulados y guardándose los en el bolsillo–. ¡Repítame eso! –dijo–. ¡Repítalo!

Erguí el torso y repetí la tonadilla lo mejor que me fue posible.

El muchacho permanecía de pie ante mí y me acompañaba en voz baja. Me ofreció caramelos. Le expliqué que no me apetecían, puesto que, por así decirlo, tenía la boca como si me la hubieran machacado. Era un joven alto y delgado. Tenía algo del margrave Philipp –o al menos del retrato que le hizo Baldung Grien y que puede contemplarse en Munich–, pero todavía más bello, con el rostro igualmente desigual, los cabellos castaños, y los ojos grandes, inquietos, chispeantes y luminosos. Me empujó suavemente y se sentó junto a mí. Me miraba con intensidad.

–Seinecé –dijo–. Florent Seinecé.

–Chenogne –respondí–. Charles Chenogne.

–Un nombre africano.

–Yo no me bauticé. El suyo silba.

Sacó de su bolsillo un puñado de caramelos y –ofreciéndomelos una vez más, poniéndomelos ante la nariz con insistencia, mientras a mí me parecían simplemente «caramelos ácidos»– me los fue nombrando uno a uno: codoñates, guijarros suecos, Petits Quinquins de Lille –muy difíciles de encontrar–, Hopjes, toffees... No tenía más que abrir la boca. Rehusé.

–¿Conoce *Pimpanipole, un jour du temps passé?*

–¡Ah! ¡Dios mío! –exclamó cuando hube cantado como pude *Pimpanipole*–. ¡Es maravilloso! ¡He dado con un erudito de la canción infantil! ¡Mire que hace años que busco eso, un erudito de la canción infantil!

Explicué que yo había topado con un erudito del caramelo acidulado. Pero Florent Seinecé no salía de sus trece: no cesaba de repetir que hacía años que intentaba poner letra a ciertas tonadillas que le importunaban de improviso, cuando caminaba, cuando se ensoñaba. Me preguntó cuál era mi canción preferida; inmediatamente rectificó y se ofreció a adivinarla. Pretendía que, en este mundo, todo ser lleva una canción en el fondo de la garganta, dispuesta a resurgir, y que siempre se olvida aquella cuya melodía más obsesiona, aquella cuyo trino calienta el cuerpo como, de niños, esa especie de calentador de cobre rojo, lleno de brasas, con mango corto y orificios en forma de estrellas en la tapadera, que calienta la cama, en invierno, antes de acostarnos. Y entonces, cuando él habló del invierno, de pronto recordé:

–¡Ah! ¡Dios mío! –murmuré con desesperación. Y canté–:

*Arrege harrige*  
*Serege sirige*  
*Ripeti pipeti*  
*Knoll.*

–Es duro –dijo–, para usar un adjetivo más bien misericordioso. ¿Qué lengua es ésa?

–Pasé la infancia cerca de Heilbronn. No muy lejos de Stuttgart.

–¿En Stuttgart? ¿Después de la guerra?

–Justo después de la guerra.

–¿Usted canta? ¿Es músico?

–Soy violoncelista.



Rectifiqué.

—Al menos, en la vida civil, soy violoncelista.

Volví a rectificar.

—Era violoncelista.

El soldado se levantó.

—¡Vaya! —exclamó—. Hay que celebrarlo. Le daré un caramelo.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó por tercera vez un puñado de caramelos.

—No —respondí enérgicamente.

—Soy un niño —prosiguió más bajito, como si intentara imbuirse de aquella idea—. He estudiado en la escuela de archiveros: para ser exactos, soy archivero paleógrafo, y estoy acabando mi tesis en los archivos de Beaune y de Epervans, pero la única pasión de mi vida son los caramelos.

Los papeles crujientes hacían un ruido considerable, los papeles que envolvían los toffees y los Quinquins más que los que cubrían los Hopjes. Sin duda mi falta de afición a los caramelos en general se debe a ese ruido crujiente. Volví a esforzarme en explicarle que con aquella muela arrancada y la boca como de escayola, no deseaba comer caramelos. Insistió.

—¡Para más tarde! —decía.

Con tal de acabar de una vez, cogí un Hopjes y me lo guardé en el bolsillo.

—Bien. Escuche —dijo—. Le cantaré algo más suave que su cantaleta. Le cantaré el canto más bello que se ha conocido jamás en la tierra:

*A la fontaine Barbidiaine*

*Dans le vallon Barboton...*

Tenía una voz muy bonita, una voz mucho más bonita que aquella con la que el destino me había dotado a mí. A la postre, calló. Parecía conmovido. Y debo decir que yo también lo estaba. Sacó de su bolsillo un paquete de cigarrillos del ejército —papel viejo, azul y arrugado, azul mustio y mate, con un olor acre y que resulta maravilloso recordar (en realidad, es sólo digno de recordar)— y lo tendió bruscamente hacia adelante, bajo mis ojos. Aquel cuerpo alto, torpe y romántico tenía una brusquedad que Seinecé nunca controló del todo.

Me levanté. Logré extraer un Gauloise militar. Lo encendí y enseguida lo tiré, porque el humo se mezclaba de una forma desagradable

con el sabor a sangre que me llenaba la boca. Observé que volvía a atarse los cordones de los zapatos con un nudo triple (Seinecé tenía graves problemas, casi siempre insolubles, con los cordones de sus zapatos, con las corbatas y los cinturones). Cogió su boina de la mesa y se la volvió a poner meticulosamente, inclinándola sobre la ceja derecha. Me preguntó el número de mi dormitorio de tropa. Le dije que me habían autorizado a alquilar una habitación en la ciudad, para tocar el violoncelo fuera de las horas de servicio, en el patio que daba a la pastelería de La Perrera.

—Soy goloso —dije con un aire de avidez.

—No se inquiete, yo también —dijo él en un tono tranquilizador. Luego, como si se tratara de una verdad profunda, repitió—: Soy goloso —y adoptó una actitud de modesta y casi almibarada melancolía para pronunciar esas palabras.

Según me explicó, también había alquilado un vasto salón en casa de una solterona de setenta y siete años, en el primer piso de una mansión imponente, en el confín del bosque.

—Tengo que presentarle a la señorita Aubier —me dijo—. Canta canciones de la época de su madre.

Se acercó al camastro sobre el cual yo me había vuelto a sentar. Me cogió la mano. La estrechó largamente.

—Por fin un hombre civilizado —dijo Seinecé.

—Porque le falta una muela —repliqué.

Seinecé tenía veinticuatro años. Yo era algo mayor. Ambos salíamos del cascarón. Él estaba casado y tenía una hija pequeña. Su mujer se llamaba Isabelle y su hija Delphine. Isabelle se había quedado en Borgoña, en un chalé alquilado, en Prenois, a unos quince kilómetros de Dijon, adonde había sido destinada y donde enseñaba alemán (lo sabía mediocrementemente, lo cual estaba lejos de ser contradictorio con el hecho de que lo enseñara, y, curiosamente, salvo los primeros días, jamás nos servimos de este vínculo lingüístico existente entre nosotros; es cierto que habría hallado en mí una repugnancia sorda, furtiva, tensa en extremo, irracional). En principio, Isabelle había sido destinada a Dijon por tanto tiempo como durara el curso de doctorado que Florent Seinecé debía realizar, una vez terminados sus estudios, en los archivos de Beaune y Epervans, a dos horas de allí. Luego, obtuvo una prórroga, que le evitaba regresar a la región parisina mientras durara el servicio

militar de Florent Seinecé, en parte a causa del pequeño jardín de Prenois, en parte a causa de la pasión de Delphine por su maestra, y por último a causa de la relativa proximidad de los padres de Isabelle, que vivían en el Jura, cerca de Lons-le-Saunier. Así, todos los viernes, o al menos la mayor parte de ellos, Isabelle y Delphine iban en tren a Saint-Germain-en-Laye; luego, el domingo al atardecer, volvían a marcharse, para encontrar, en la negra noche, y según decían, el paraíso: los groselleros y los dos robles del jardín de Prenois, las orillas del Suzon, del Ouche, y del canal de Borgoña. Sin duda una región sublime, y que desconozco.

Seinecé era extraño, maniaco, nervioso, brillante e inagotable. No le gustaba la música, excepto las canciones de la siega o las cantilenas infantiles. Le gustaba el alcohol, pero no el vino, al contrario que a mí. Por lo demás, resulta excelente que nuestras principales aficiones nos lleven a la soledad. Amistad o amor, no hay que intentar ponerse de acuerdo sobre lo esencial, ya sea por no llegar a las manos, ya sea por no caer en el aburrimiento. He observado que las personas que no están de acuerdo en nada son las únicas que nunca disputan. Aunque Seinecé era mucho más que lunático, no era un mitómano redomado. Le gustaban los chistes que a mí me parecían un poco largos, de hasta una o dos horas, y que me cansaban. Un día, durante un atardecer –tendidos, invisibles, a pleno sol, en el césped que bordeaba el muro ciego de las duchas del Estado Mayor–, había intentado hacerme creer que, cuando era niño, en el transcurso de una visita turística a Tierra Santa, su padre y él habían cenado en la posada del Buen Samaritano, en la misma mesa a la que se había sentado el Señor; Él se les había aparecido y habían tomado café juntos; había envejecido y parecía amargado, insatisfecho de su propio universo. Otro día, hacía hablar a Darío, Hammurabi, Julio César o Pío XI. Seinecé era archivero paleógrafo, y dominaba al dedillo numerosas lenguas antiguas, al contrario que yo, que odiaba el latín, que odio el latín, lengua que jamás he comprendido y que me enseñaron, en Bergheim, de una manera inexplicable y odiosa. Pronto comprobó esta retracción mía. Me habló poco de Beaune, y también de Dijon. Sólo me comentó vagamente que preparaba una tesis sobre alguna cosa antigua perdida, extraviada en el ducado de Borgoña, perdida entre la belleza de las riberas del Dheune. Por aquel entonces, Seinecé era el chófer de un teniente coronel muy simpático, poco bebedor y casi erudito. Seinecé pretendía saber casi tanto como él (ya he dicho que Seinecé era mitómano). Hay que añadir

que ese teniente coronel ofrecía dos ventajas innegables: era tan hogareño como un pie de lámpara, y, puesto que pertenecía al tren de equipaje, se pasaba la mayor parte del tiempo en el picadero o cabalgando por el bosque.

Casi todos los fines de semana, Isabelle y Delphine venían a visitarnos. Solían llegar el viernes por la noche. Isabelle era una mujer de una gran belleza, altiva, extraña, áspera, y no carente de teatralidad y altanería. Maldecía los domingos, días en que solía estar de un humor execrable, tanto porque iba a empezar una nueva semana, con sus clases y con la soledad de Dijon, en el chalé de Prenois, junto a la pequeña Delphine, como porque detestaba las estaciones, los trenes, los horarios, el cambio de tren, en la estación de Saint-Lazare de París, para ir a Saint-Germain-en-Laye, y porque –y tal vez ésa era la razón principal– la señorita Aubier recibía todos los domingos, a las doce y media del mediodía. Un largo almuerzo, tras el cual, a las dos y media, tenía lugar el «concierto» –Isabelle o yo la acompañábamos al piano–, concierto que, a su vez, era seguido de una «merienda», en el invernadero –se trataba de ocho metros cuadrados de cemento, repletos de neumáticos– o en el jardín, según el tiempo que hiciera. Isabelle todavía despotricaba más enérgicamente contra esas tardes de domingo porque Seinecé y yo disfrutábamos sin disimulo; la señorita Aubier nos maravillaba con sus manías, su indumentaria, sus travesuras, sus gustos, sus palabras y su lenguaje. La señorita Aubier era una vieja solterona que había dedicado su vida a cuidar e imitar a una madre cuya longevidad había asombrado al municipio en tres ocasiones –vino de honor a los noventa años, en 1933; vino de honor a los noventa y cinco años, en 1938; y vino de honor en 1943, con motivo de sus cien años– y que había muerto –sin vino de honor– a la edad de ciento dos años, después de la Liberación. Una madre que, a su vez, había dedicado toda su energía –afirmaba la señorita Aubier– a procurar ser el «vivo retrato» de su propia madre. Contemplábamos aquella ropa, aquel moño sujetado con una redecilla, aquella mano dorada, gastada, sedosa... Nos parecía que el tiempo se había detenido y que teníamos ante nosotros el prototipo de mujer de la antigua burguesía: una mujer que iba a tomar lecciones de clavecín a casa de François Couperin, en la calle del Monceau-Saint-Gervais, una mujer sobre la cual el final del siglo XVIII, la Revolución, el Imperio, la Tercera República, el *modern style*, la guerra del 14 y la Segunda Guerra sólo habían proyectado pálidos reflejos, aunque sin la menor duda le habían abierto los ojos poco a

poco, hasta hacer desaparecer de ellos toda conmiseración y, casi definitivamente, las lágrimas.

\*

La primera vez que vi a la señorita Aubier fue en su jardín. Fue en abril del 63. Era domingo de Ramos. Hacía muy buen día, aunque el frío era algo penetrante. El sol resplandecía. Seinecé y yo bajábamos por la escalinata.

—Mira —me dijo de pronto Florent—. ¡Voy a presentarte a la señorita Aubier!

Entonces me señaló a lo lejos, cerca de la verja, una pequeña silueta negra o violeta, con un chal sobre los hombros, un soberbio sombrero acampanado, de paja de Manila, en la cabeza, y una podadera en la mano, que, junto a la cancela, cortaba cinco o seis ramitas de las matas casi negras de boj, para ir a la misa de Ramos.

Nos acercamos.

—Estoy preocupada —nos dijo—. No he visto a Pilatos en toda la mañana.

Pilatos era el perro de la señorita Aubier. A decir verdad, se llamaba Poncio Pilatos. Nunca he sabido la razón. En Magdeburgo, mi padre nos había llevado allí muchas veces, podía verse el lebrillo en el que Pilatos se había lavado las manos. También puede contemplarse la linterna de Judas, y a veces aún me parece que percibo sus reflejos en los rostros de los amigos. El perro Poncio Pilatos era muy afectuoso. Reconocía a todo el mundo, y todos se sentían halagados por ello. En realidad, reconocía incluso al desconocido y al ladrón; y el desconocido y sobre todo el ladrón le estaban muy agradecidos. La señorita Aubier alargó el brazo para contemplar las ramas de boj y dijo:

—¡Listo! Al menos los marcos y las habitaciones tendrán un poco de compañía... ¿Cómo se llama usted, señor? —me preguntó.

—Charles Chenogne —respondí.

—Señor Chenogne, sea bienvenido —prosiguió ella—. Dicen que el boj bendito preserva contra la desgracia y las pesadillas, pero, que Dios me confunda, señor Chenogne —«¡Dios me confunda!», ése era el reniego usual de la señorita Aubier, excepto los días que se encolerizaba y osaba espetar: «¡Recontra!»—, ¿hay más desgracia que las pesadillas?

Aquello me pilló desprevenido y me quedé mudo.

—¿Los recuerdos? —balbucí al fin.

–¡Ah, no hay que pedirle demasiado al boj! –exclamó la señorita Aubier, riendo cuidadosamente–. A fin de cuentas –suspiró–, uno no puede preservarse de haber sido...

Seinecé la interrumpió.

–¿Y por qué no? ¿No preserva la paja de Manila contra el sol de invierno?

–Sí –dijo ella, tapándose la boca como un niño y reprimiendo una nueva risotada–. Y el oficio al que asistiré esta mañana me preservará de la mañana lenta y aburrida del domingo ¿verdad? Y entonces hizo un breve gesto de despedida con la mano.

–¡Pilatós! ¡Pilatós!

Se alejó. Regresaba a la casa a pasitos cortos. Con la señorita Aubier era imposible poder decir la última palabra.

Existen algunas naturalezas singulares, muy pocos hombres, quizá más mujeres, seres peculiares en los que el provincianismo, la dulzura, la timidez, la distinción y la discreción se conjugan de una manera inefable. La señorita Aubier tenía ese carácter provinciano, a pesar de su pasión por la televisión: había adquirido un receptor a principios de los años cincuenta. A cada instante se llevaba a la boca un pequeño pañuelo bordado, que apoyaba ligeramente sobre el labio superior, con el que gesticulaba cuando hablaba, para subrayar sus palabras, y que volvía a apoyar sobre el labio cuando callaba, con una mirada expectante o dubitativa. Nunca hablaba de sí misma y, para lograrlo, se refería sin cesar a su madre –Paillot de soltera, y Fernande de nombre de pila– que evidentemente había tenido grandes cualidades como acuarelista, música y ensalmadora, cualidades que se habían desarrollado aún más en la hija. Si una hormiga se había encaramado al brazo o a la pierna de la pequeña Delphine, y si la señorita Aubier pasaba por allí en aquel momento, se llevaba a la niña a la casa, refunfuñando porque no tenía a mano una hoja de col tierna, aunque tampoco era la época, pero que, en su defecto, un trozo de tomate, suponiendo que fuese jugoso, o bien un poco de salvia...

Utilizaba un lenguaje que nos parecía maravilloso por su precisión y su frescura. Siempre parecía que surgiera de una época remota, de un siglo perdido entre el polvo del tiempo, como si se hubiera tratado de la habitación de al lado, y ascendía del infierno con paso cauto y rumoroso, casi a pasitos de ratón. Y con ese mismo paso –al cabo de unos instantes–, había cruzado la cancela y se alejaba por el camino que la llevaba a la iglesia, donde sin duda su devoción era formal y respetuo-

sa, cargada de desengaño. Casi siempre llevaba una falda larga y holgada y una blusa de seda oscura, nunca negra, sino verde bronce, granate o, a veces, de color yema, ajustada a las muñecas y al cuello, alrededor del cual lucía una larga y perpetua cadena de oro, muy curiosa porque pasaba por debajo de la blusa y volvía a asomar por la cintura, con un reloj, una pequeña llave y algunos dijes de familia, que tintineaban colgando de ella. De este modo, era posible ver a su madre, o al menos el retrato de su madre, si ella lo encontraba y lo mostraba, piadosamente enmarcado en un medallón de plata, después de haber rebuscado en aquel puñado de retratos, que recordaban un manojo de llaves colgando del cinturón de la hermana portera de un convento.

¿Y su padre? Nunca se le habría ocurrido decir ni una palabra acerca de él, ni para bien ni para mal, y, si alguien insistía en preguntarle, la señorita Aubier respondía en voz baja, brevemente, sin odio ni crispación, pero con una vaga impaciencia. Podía verse su retrato en el salón: se parecía a Napoleón I, sólo que un poco más obeso.

Hasta comienzos de 1964 no fuimos presentados al sobrino nieto de la señorita Aubier –Denis Aubier–, que entonces se instaló en su casa, en el segundo piso, antes de entrar en posesión, unos años más tarde, de la mansión. El joven Denis Aubier no se parecía al oficial Bonaparte rechazando casi con las manos, con el asta de su bandera, sobre el puente de Arcole, a los soldados austríacos perdidos en los pantanos de Caldiero, sino, como su tío, al emperador exiliado, e incluso moribundo. Era increíblemente callado, poco cambiante y muy juicioso. No tardamos en trabar amistad con él. Era un factótum silencioso, lleno de recursos y con una paciencia infinita. Y un ciclista solitario, porque, aunque sentía vivos deseos de adelgazar, le repugnaba mostrar sus muslos y el inmenso pantalón corto azul que los contenía.

Al contrario que su sobrino nieto, la señorita Aubier nunca se cansaba de hablar. Sin duda ello se debía al hecho de que había vivido más de quince años sola antes de alquilar a Seinecé aquella sala rosa. Había conservado la costumbre de hablar largo rato consigo misma con una voz que recordaba el zumbido de un motor.

–¿Dónde he dejado mi pimentero? –gritaba de pronto, entrando en la sala mientras nosotros reíamos o divagábamos en voz alta–. ¡Qué tonta eres, hija mía! Vas perdiendo la memoria. ¡Ah! ¡Ahí está! Este pimentero siempre ha tenido un no sé qué antipático, ¿no les parece?, un algo basto. ¡Ah! No pareces gran cosa. Te dieron a tía Antoine cuando murió Armel... criatura deliciosa, verdadero desecho del uni-

verso. Entre nosotros, mi viejo pimentero, tienes un no sé qué de Antoine Paillot...

Acto seguido, la señorita Aubier salía de la habitación, sin dejar de hablar al pimentero. Esos soliloquios tenían una particularidad: en ellos, la señorita Aubier mezclaba de un modo extremadamente contrastado las fórmulas compasivas, al referirse a ella misma y a los suyos, con repentinos giros irónicos, manteniendo imperturbable su expresión bondadosa, aun cuando su voz adquiría un tono despiadado.

–Usted... –decía bruscamente un día a Florent–, ¡usted pertenece al grupo de los que están sumergidos aunque no haya agua!

Y curiosamente, cuando Seinecé me lo comentaba, me confesaba que se había quedado «con la boca abierta».

Cuando la señorita Aubier no hablaba consigo misma –o con fantasmas–, cantaba, y cantaba a voz en grito. De pronto, uno oía:

*Nací en Ferrarest...*

y, del sobresalto, le daba un vuelco el corazón. A decir verdad, las letanías de la señorita Aubier nos resultaban menos penosas, e incluso francamente agradables, sobre todo cuando, olvidándose de nuestra presencia, se refería a nosotros:

–¿Qué les daré a mis chiquillos? –se preguntaba con gran perplejidad, mientras entreabría las puertas del aparador–. ¿Bellonne o Dubonnet?

Las confidencias más tediosas eran aquéllas en las que la señorita Aubier nos hablaba largamente de viejos recuerdos, que le había contado su madre, como si se tratara de los suyos propios. Nos explicaba que, la señora Aubier había visto los primeros coches de punto con neumáticos, la primera cisterna, la primera maquinilla de liar cigarrillos y los primeros mecheros de gas. La señorita Aubier llamaba aparte a uno de nosotros y, poniendo una mano sobre la nuestra, o sobre el antebrazo, decía:

–Mi pobre madre me decía que era indescriptible la delicia que suponía viajar con las ruedas con neumáticos que se fabricaban entonces. No se puede comparar con lo de ahora. ¡Era un temblor suave de todo el cuerpo! ¡Mi pobre madre! ¡Le gustaba tanto la luz de los mecheros de gas!

Isabelle Seinecé sólo soportaba los interminables chocheos de la arrendadora de su marido porque abrigaba la secreta esperanza de que



un día accediera a alquilar las dos habitaciones de la planta baja, hasta que Florent terminara el servicio militar. Durante casi cinco meses, la señorita Aubier contemporizó, meditó y se mostró evasiva, sonriendo sin responder, o inclinando la cabeza con breves cabeceos en los que, a elección, podía leerse tanto un signo de aquiescencia como un mohín más ceñudo. En efecto, en la planta baja, oculta debajo de la escalinata, había una pequeña puerta vidriera que daba acceso a cuatro habitaciones de techo bajo pero amplias. Al abrirse, la puerta vidriera hacía un ruido estridente de gravilla desmenuzada, que lentamente empezaba a rechinar sobre el embaldosado. A la izquierda, había un salón de música –tal era el nombre que le daba la señorita Aubier, y allí bajábamos religiosamente los cinco, o los seis, si venía Denis Aubier, con la bandeja del café, los bizcochos con crema de moka y el licor de pera, a las dos y media de la tarde, los domingos–, con dos sillas de tijera, de madera gris, extremadamente duras, una luneta dorada, muy cómoda, un piano vertical, una máquina de coser, de madera amarilla parecida a la cúrcuma, un inmenso pabellón de tocadiscos, sin tocadiscos, una gran tumbona con prolongador de enea (prolongador que estaba espachurrado), muy ruidosa, una lámpara árabe, un piano de cola, y mandolinas y violines de un cuarto, sin cuerdas, sobre un fondo de terciopelo amarillo –un amarillo muy viejo, entre el bazo y el caqui–, colgados en la pared, dentro de unos marcos suntuosos, con molduras de escayola doradas. Había una puerta «secreta» –quiero decir recubierta con el mismo empapelado que las paredes de su alrededor–, que daba a un gran ropero. Al otro lado del estrecho pasillo embaldosado con rombos negros sobre fondo rojo, había una vasta habitación que servía de trastero, y otra que servía de bodega.

Isabelle Seinecé codiciaba el cuarto trastero porque tenía un pequeño fregadero empotrado en la pared. La habitación tenía unos veinte metros cuadrados. Isabelle quería que Florent persuadiera a la señorita Aubier para que les permitiera usarla, a modo de cocina improvisada, cuando viniera con Delphine, los fines de semana, puesto que la niña la exasperaba con sus continuas travesuras, con su continuo hacer el avión a reacción, el payaso o el perro aullando a la luna, en los comedores de los restaurantes, sobre todo los viernes por la noche, cuando estaba cansada y excitada por el viaje en tren que acababan de hacer desde Dijon. Lo que odiaba Isabelle –y he de admitir que yo también, tanto más por cuanto que, como muchos músicos, detesto oír música: es algo que siempre conmueve demasiado, y además conmueve en

vano, o le sume a uno en la frustración de no poder rivalizar con el intérprete que se escucha, o le inflama de cólera ante la ineptitud, la impostura—, lo que odiábamos Isabelle y yo, y también Poncio Pilatos, era la actuación de la señorita Aubier. Todos los domingos por la tarde, sin excepción, tenía lugar el ritual heredado de su madre y que, desde que nosotros habíamos irrumpido en su vida, exigía, por así decirlo, la consagración de nuestra presencia. Si por azar no estábamos, porque habíamos ido a París, o al bosque de Laye, o al Sena, y pese al disgusto que le causaba nuestra ausencia, bajaba y cantaba sola, acompañándose ella misma o sin acompañamiento, ante su sobrino nieto Denis. Luego nos hacía mala cara durante dos o tres días. Por otro lado, cantaba a menudo sin público, pero durante la semana.

—Me siento agitada —decía—. Me parece que soy una de esas tortas que mamá hacía saltar tan admirablemente de la sartén, el día de la Candelaria. Tengo que cantar alguna cosa. Presiento que eso me tranquilizará. Cantaré algo de Jane de Théza, o quizá será mejor que cante una pequeña *Pitchounette* de Jules Massenet.

Y entonces, cantaba; y poco a poco se apoderaba de ella un ritmo (o a veces incluso risa) que la transportaba y la tranquilizaba. Aunque tocaba el piano de buena gana y bastante bien, si nosotros estábamos allí, ni se le ocurría acompañarse ella misma. Así, pues, a eso de las dos y cuarto o dos y media, llevábamos las tazas de café, la cafetera con el fogoncito de alcohol, los bizcochos con crema de moka, el licor de pera, los sempiternos barquillos de almendra e incluso los cigarrillos con sabor a vainilla. Acomodaba autoritariamente a los distintos miembros de su público en el «salón de música». Salón de música en el que la señorita Aubier tenía encendida, casi siempre desde última hora de la mañana, la estufa eléctrica. Se trataba de un pequeño aparato de baratillo, de un color verde intenso —cuya forma recordaba un cactus— y que no calentaba en absoluto, aunque evocara el desierto. La chimenea nunca se utilizaba, porque la señorita Aubier temía que alterara su voz. Las butacas y demás asientos se disponían en círculo. Era como una clase de niños, como si, tras pasar lista, designara tiránicamente los papeles y los sitios. Indefectiblemente, Denis tenía que ocuparse del pequeño fogón de alcohol y dar la vuelta a la extraña retorta donde se hacía el café. Yo o Isabelle teníamos que sentarnos al piano de cola —bastante peor que el piano vertical y con unos macillos que subían de una forma irregular— y la «señorita» —así llamábamos a aquella vieja solterona despótica—, sosteniendo en una mano sus dijes y mirando la

lámpara colgante, con sus franjas rojas y amarillas, empezaba a cantar con voz temblorosa. Nosotros, incluida Delphine sentada en las rodillas de su padre, escuchábamos, más o menos tensos o sonrientes, más o menos resentidos, compasivos o reprimiendo una carcajada... que no tardaba en transmitirse a Delphine, la cual estallaba literalmente de risa. La señorita Aubier ignoraba con mucha dignidad las risotadas, manteniendo la mirada fija en las franjas de perlas rosas y amarillas que colgaban por debajo del globo de la lámpara y cuya función era tamizar la luz.

Aquello sólo duraba media hora, pero se trataba de media hora de canto cuyo principal defecto residía en su obligatoriedad.

—¿Cantamos? —decía fingiendo dudar todavía, mientras se llevaba el pañuelo a la boca y, con actitud de perplejidad, se secaba a golpecitos el labio superior.

—Como quiera —decía Seinecé en un tono también dubitativo.

—A cantar, a cantar, a cantar —gritaba Delphine, dándose palmadas en las rodillas, entusiasmada.

Posteriormente, he pensado a menudo hasta qué punto ciertos ritos, como los conciertos, la ópera, una clase, una reunión o la comida familiar de la infancia despiertan en nosotros reminiscencias ancestrales y nos convierten en una especie de pequeña jauría atenta a los labios del narrador, el cantante, el cura o el tirano. Continuamos formando pequeños grupos de cazadores del cuaternario, repetimos la eterna persecución, repetimos la terrible e incesante mirada fija en la presa que nos hace babear.

—Amigos míos —decía ella—, voy a cantarles la *Mariposa* de Irénée Bergé.

Veía cantar a la señorita Aubier —y aún la veo—; veía abrirse su boca; la pequeña «jauría» que nosotros formábamos se movilizaba para observar a la «presa» —aunque la presa fuese una mariposa—, la presa trastabillaba y caía, y nuestros labios se retorcían de risa; entonces, los cazadores la despedazaban y se la comían, con los ojos desencajados y brillantes, las bocas abiertas y los labios húmedos, mientras pateaban y palmeaban. Veo un enorme ciervo o un uro gigante atravesado por una estaca, en el pequeño cuerpo invisible de la mariposa de Irénée Bergé, cuyo solo nombre agitaba ruidosamente aquella garganta tan vieja oculta bajo una blusa de seda verde bronce o granate, y la cadena de oro que asomaba —como un riachuelo que se sumergiera de pronto en una capa freática y volviera a surgir veinte kilómetros más allá en

forma de río— bajo el aspecto de un gran ramillete de medallones, de llaves y relojes.